

EL ILUSTRE GAUDISSERT

A la Sra. Duquesa de Castries.

El comisionista, personaje desconocido en la antigüedad, ¿no es una de las figuras más curiosas creadas por las costumbres de la época actual? ¿no está llamado, en cierto orden de cosas, á señalar la gran transición que enlaza el tiempo de las explotaciones materiales con el de las explotaciones intelectuales? Nuestro siglo enlazará el reino de la fuerza aislada, abundante en creaciones originales, con el reino de la fuerza uniforme, pero niveladora, que iguala los productos, que los arroja á montones y que obedece á un pensamiento unitario, última expresión de las sociedades. Después de las saturnales del espíritu generalizado, después de los últimos esfuerzos de civilizaciones que acumulan los tesoros de la tierra en un punto, ¿no sobrevienen siempre las tinieblas de la barbarie? ¿No es el comisionista para las ideas lo que son las diligencias para las cosas y los hombres? Él las conduce, las pone en movimiento, las hace chocar unas con otras, y tomando en el centro luminoso

su carga de rayos, los esparce á través de las poblaciones aisladas. Este piróforo humano es un sabio ignorante, un burlador chasqueado, un sacerdote incrédulo que no por eso deja de hablar de sus misterios y de sus dogmas. ¡Curiosa figura! Este hombre lo ha visto todo, lo sabe todo y conoce á todo el mundo. Saturado de los vicios de París, puede afectar la sencillez natural del provinciano. ¿No es él el eslabón que une la aldea á la capital, á pesar de no ser esencialmente parisiense ni provinciano, toda vez que es viajante? Este hombre no estudia nada á fondo: de los hombres y de los lugares, sólo aprende los nombres; de las cosas, sólo aprecia las superficies; tiene su unidad propia para apreciar á los demás por sí mismo, y, finalmente, su mirada se desliza sobre los objetos sin penetrar en ellos. El viajante se interesa por todo, y no le interesa nada. Burlón, bromista y amante en apariencia de todos los partidos, es, generalmente, patriota de corazón. Excelente cómico, sabe afectar sucesivamente la sonrisa de contento, de afecto y de agradecimiento, y la abandona para recobrar su verdadero carácter, su estado normal. So pena de renunciar á su oficio, tiene fama de ser observador. ¿No está obligado incesantemente á sondear á los hombres con una sola mirada para adivinar su carácter, sus costumbres y, sobre todo, su solvencia, y á estimar de pronto las probabilidades de éxito para no perder el tiempo? Su costumbre de tomar inmediatamente una decisión en sus negocios, le hace esencialmente *juzgador*: critica, habla con autoridad de los teatros de

París, de sus actores y de los de provincias, y conoce *de actu et visu* los lugares buenos y malos de Francia. En caso de necesidad, os conduciría con la misma seguridad al vicio que á la virtud. Dotado de la elocuencia de un charlatán, ¿no puede igualmente prodigar ó reservar su colección de frases preparadas, que brotan sin interrupción y que producen en su víctima el efecto de una ducha moral? Narrador picante, fuma, bebe, lleva alhajas falsas, se impone á las personas insignificantes, pasa por un milord en las aldeas, no deja que le den nunca la *lata* (palabra de su jerga) y sabe golpearse á tiempo el bolsillo para que no le tomen por un ladrón las desconfiadas criadas de las casas decentes que frecuenta. Respecto á su actividad, diremos que es la menor cualidad de esta máquina humana. Ni el milano precipitándose sobre su presa, ni el ciervo inventando nuevos rodeos para librarse de los perros y despistar á los cazadores, ni los perros olfateando su pieza, pueden ser comparados con la rapidez de su vuelo cuando él huele una comisión, ni con la habilidad con que hace la zancadilla á su rival para anticiparse, ni con el arte con que siente, olfatea y descubre una venta de mercancías. ¿Qué de cualidades superiores no necesita un hombre semejante? ¿Creéis acaso que se encuentran en un país muchos de estos negociantes de baja estofa, de estos profundos negociantes, que hablan en nombre de sus telas, de sus alhajas, de sus paños, de sus vinos, y que son frecuentemente más hábiles que los embajadores, cuya mayor parte sólo tienen formas? No hay nadie

en Francia que sospeche siquiera el increíble poder que despliegan incesantemente los viajeros, esos intrépidos afrentadores de negocios que, en la aldea más insignificante, representan al genio de la civilización y á las invenciones parisienses en lucha con el buen sentido, la ignorancia ó la rutina de las provincias. ¿Cómo olvidar aquí á esas admirables máquinas que ablandan la inteligencia de las poblaciones, tratando con la palabra á las masas más refractarias, y que se parecen á esos infatigables bruñidores cuya lima reforma los pórfidos más duros? Si queréis conocer el poder de la lengua y la elevada presión que ejerce la frase sobre los escudos más rebeldes, que son los del propietario sepultado en su cubil campestre, escuchad las palabras de uno de los grandes dignatarios de la industria parisiense, en provecho de los cuales trotan, vuelan y funcionan esos inteligentes pistones de la máquina de vapor llamada Especulación.

—Señor, decía á un sabio economista el director-cajero gerente-secretario-general y administrador de una de las más célebres compañías de seguros contra incendios, señor, en provincias, de quinientos mil francos de primas que renovar, sólo se firman de grado unas cincuenta mil; las cuatrocientas cincuenta mil restantes se logran gracias á las instancias de nuestros agentes, que van á casa de los asegurados que se retrasan á darles la *lata* asustándoles y animándoles con espantosas narraciones de incendios, etc., hasta que han firmado de nuevo sus matrículas de seguro; de modo que la

elocuencia, el flujo labial, constituye las nueve décimas partes de nuestros medios de explotación.

¿No es seducir, hablar y hacerse escuchar? Una nación que tiene dos congresos, y una mujer que presta sus dos oídos, están igualmente perdidas. Eva y la serpiente forman el mito eterno de un hecho cotidiano que empezó y acabará sin duda con el mundo.

—Después de una conversación de dos horas, un hombre debe ser necesariamente de uno, decía un procurador retirado de los negocios.

¡Dad vueltas en torno del comisionista viajante! Examinad esta figura y no olvidéis ni su levita color de aceituna, ni su manta, ni su cuello de marroquí, ni su pipa, ni su camisa á rayas azules. ¿Cuán diversas naturalezas no descubriréis en esta figura tan original que resiste el trato social? ¡Mirad! ¡qué atleta, qué circo y qué armas son él, el mundo y su lengua! Intrépido marino, se embarca provisto de algunas frases para ir á pescar quinientos ó seiscientos mil francos á los mares glaciales, al país de los iroqueses, á Francia. ¿No se trata de extraer, mediante operaciones puramente intelectuales, el oro sumido en los escondites de provincias, y hacerlo sin dolor? El pez departamental no soporta el arpón, ni las antorchas, y sólo se deja coger con nasa, con buitrón ó con las redes más delicadas. ¿Podéis pensar sin temblar en el diluvio de frases con que reanudan á diario y al amanecer sus tareas cotidianas? Ya conocéis el género; he aquí ahora al individuo.

Existe en París un comisionista incompara-

ble, el parangón de su especie, un hombre que posee en alto grado todas las condiciones inherentes á la naturaleza de sus triunfos. Su palabra contiene á la vez vitriolo y liga: ésta para coger y enredar á su víctima y adherírsela; aquél para disolver los cálculos más duros. Su artículo era el sombrero; pero su talento y el arte con que sabía embaucar á las gentes le había dado tan gran fama comercial, que los negociantes del artículo *Paris* le hacían la corte á fin de lograr que se encargase de sus comisiones. De modo que cuando permanecía en Paris, de vuelta ya de sus triunfales mercados, estaba perpetuamente de juerga y de jarana; en provincias, los corresponsales lo mimaban, y en Paris, las grandes casas le acariciaban. Festejado, mimado é invitado á todas partes, el hecho de almorzar ó comer solo era para él un placer. Pero ¿no era él el folletin ambulante del comercio parisiense? Se llamaba Gaudissart, y su fama, su crédito y los elogios que hacía de él todo el mundo le habían valido el sobrenombre de *ilustre*. Donde quiera que este muchacho entraba, fuese en una tienda ó en una posada, en un salón ó en una diligencia, en una buhardilla ó en el palacio de un banquero, todo el mundo decía al verle:

—¡Oh! ¡aquí está el ilustre Gaudissart!

Jamás nombre alguno estuvo más en armonía con el tipo, las maneras, la fisonomía, la voz y el lenguaje de ningún hombre (1). Todo

(1) Para la mejor inteligencia de este aserto, hemos de advertir que *gaudisseur*, palabra francesa de donde el

sonreía al viajante, y el viajante sonreía á todo. *Similia similibus*, este hombre estaba por la homeopatía. Equívocos, carcajadas, rostro monacal, tez de cordelero, aire rabelesiano, traje, cuerpo, espíritu, figura, todo contribuía á dar aspecto bromista y chistoso á su persona. Buen hombre, cumplidor de su palabra, zalamero, hubieseis reconocido en él al hombre amante de la modistilla, que salta con elegancia al imperial de un coche, que da la mano á la dama embarazada para bajar del cupé, y que se ríe de la corbata del postillón, al mismo tiempo que le vende un sombrero, sonríe á la criada, la toma por el talle ó procura enamorarla. Imita en la mesa el glu glu de una botella dándose golpecitos sobre la mejilla. Da grandes golpes con el cuchillo en las copas del champagne sin romperlas, y desafía á sus comensales á que hagan otro tanto, y, finalmente, discute con las personas instruidas, reina en la mesa y se zampa los mejores bocados. Por lo demás, como hombre de voluntad de hierro, sabía abandonar á tiempo las bromas y tomar una actitud seria en el momento en que, arrojando la colilla del cigarro, se decía contemplando una villa:

—Voy á ver lo que esas gentes tienen en el buche.

En estos momentos, Gaudissart se convertía en el más astuto de los embajadores, y sabía entrar como administrador en casa del subprefecto, como capitalista en casa del banquero, como

autor sacó indudablemente el nombre de Gaudissart, significa *bromista, burlón*.—(N. del T.)

hombre religioso y monárquico en casa del realista; en una palabra, en todas partes era lo que debía ser, y dejaba á la puerta la personalidad de Gaudissart para recogerla al salir.

Hasta 1830, el ilustre Gaudissart permaneció fiel al artículo París. Dirigiéndose á la mayor parte de los caprichos humanos, las diversas ramas de este comercio le habían permitido observar el corazón humano, le habían enseñado los secretos de su atractiva elocuencia y la manera de penetrar en los bolsillos más inexpugnables y de despertar los antojos de las mujeres, de los maridos, de los niños y de las criadas, comprometiéndoles á satisfacerlas. Nadie conocía mejor que él el arte de cebar á los negociantes con los encantos de un buen negocio, y de marcharse en el momento en que el deseo llegaba al colmo. Sumamente agradecido á la sombrerería, solía decir que trabajando el exterior de la cabeza era como había llegado á comprender el interior. Sus bromas acerca de los sombreros eran inagotables.

Sin embargo, desde los meses de agosto y octubre de 1830 abandonó la sombrerería y el artículo París, y dejó las comisiones del comercio de las cosas mecánicas y visibles para lanzarse á las esferas más elevadas de la especulación parisiense. Según decía él, abandonó la materia por el pensamiento, los productos manufacturados por las elaboraciones infinitamente más puras de la inteligencia. Esto exige una explicación.

Como todo el mundo sabe, el cambio de 1830 sugirió á muchos especuladores el pensamiento

de sacar á luz viejas ideas. Especialmente, desde 1830 las ideas se convirtieron en valores; y, como ha dicho un escritor de bastante talento para no publicar nada, hoy se roban más ideas que pañuelos. Acaso llegará un día en que veremos una Bolsa para las ideas; pero, buenas ó malas, las ideas se cotizan, se recolectan, se importan, se traen, se llevan, se venden y se realizan. Si no hay ideas á la venta, la especulación procura favorecer ciertas palabras, les da la consistencia de una idea, y vive de ellas como el pájaro de los granos de mijo. ¡No os riáis! En un país donde seduce más la forma que el fondo, una palabra vale tanto como una idea. ¿No hemos visto á la librería explotando la palabra *pintoresco*, cuando la literatura había anulado la palabra *fantástico*? Así se comprende que el fisco adivinase el impuesto intelectual y que supiese perfectamente medir el campo de los anuncios, acensuar los prospectos y pesar el pensamiento en la casa del timbre de la calle de la Paz. Siendo objeto de una explotación, la inteligencia y sus productos tienen que obedecer naturalmente al sistema empleado en las explotaciones manufactureras. De modo que las ideas concebidas, después de beber por el cerebro de algunos de esos parisienses ociosos en apariencia, pero que libran batallas morales vaciando una botella ó royendo la zanca de un faisán, fueron entregadas al día siguiente de su nacimiento cerebral á comisionistas viajeros encargados de presentar con astucia, *urbi et orbe*, en París y en provincias, el cebo de los anuncios y de los prospectos, mediante los cua-

les se coge en la ratonera de la empresa á ese ratón departamental, llamado tan pronto abonado como accionista, miembro correspondiente como suscriptor ó protector; pero siempre un necio.

—¡Soy un necio! ha dicho más de un propietario, atraído por la perspectiva de ser fundador de algo, y encontrándose en definitiva con que sólo había logrado despilfarrar mil ó mil doscientos francos.

—Los abonados son unos necios que no quieren comprender que, para seguir adelante en el reino intelectual, se necesita más dinero que para viajar por Europa, etc., dijo el especulador.

Existe, pues, un perpetuo combate entre el público tardío que se niega á pagar las contribuciones parisienses y los recaudadores que, contando únicamente con su sueldo, acribillan al público con sus ideas, lo albardan con empresas, lo frien con prospectos, lo asan con halagos, y acaban por comérselo con alguna nueva salsa en la que el infeliz se enreda y con la que se embriaga como una mosca con la plombagina. ¿Qué no se ha hecho en Francia desde 1830 para estimular el amor propio de las *masas inteligentes y progresivas*? Los títulos, las medallas, los diplomas, especie de Legión de honor inventada para la generalidad de los mártires, se sucedieron rápidamente. En fin, todas las fábricas de productos intelectuales han descubierto un pimiento, un jengibre especial. De aquí las primas, de aquí los dividendos anticipados, y de aquí esa conscripción de nombres célebres promovida á expensas de los infortu-

nados artistas que los llevan, y que se encuentran cooperando á más empresas que días tiene el año por no haber previsto la ley el robo de nombres. De aquí resulta también ese raptó de ideas que los empresarios del espíritu público arrancan al cerebro paterno una vez dadas á luz, para presentarlas á ese terrible público que, si no se divierte, acaba por desecharlas.

Esta locura de nuestra época logró contagiar del siguiente modo al ilustre Gaudissart.

Una compañía de seguros sobre la vida y capitales oyó hablar de su irresistible elocuencia, y le propuso inauditas ventajas que él aceptó. Trato hecho y firmado, el viajante fué á hacer su aprendizaje á casa del secretario general de la administración, el cual desembarazó el espíritu de Gaudissart de sus mantillas, le comentó las tinieblas del negocio, le enseñó su jerga especial, le desarmó su mecanismo pieza por pieza, le hizo la anatomía del público especial que iba á tener que explotar, lo atestó de frases, le alimentó de respuestas improvisadas, y, en una palabra, aguzó el filo de la lengua que debía operar sobre la vida en Francia. Hecho esto, el angelón respondió admirablemente á los cuidados que le prodigó el señor secretario general. Los jefes de seguros sobre la vida y capitales alabaron con tanto calor al ilustre Gaudissart, tuvieron con él tantas atenciones, y pusieron tan de relieve en la esfera de la alta banca y de la alta diplomacia intelectual los talentos de aquel prospecto animado, que los directores de los periódicos, célebres en aquella época, y que murieron después, tuvieron la idea de emplearle en

la recolección de suscriptores. *El Globo*, órgano de la doctrina sansimoniana, y *El Movimiento*, periódico republicano, atrajeron al ilustre Gaudissart á sus despachos, y le propusieron diez francos por cada abonado, si el número de éstos llegaba á mil, y cinco francos si sólo llegaba á quinientos. Como la mercancía *Periódico político* no dañase en nada á la mercancía *Seguros de capitales*, el trato quedó cerrado. Sin embargo, Gaudissart reclamó una indemnización de quinientos francos por los ocho días que debía emplear en ponerse al corriente de la doctrina sansimoniana, objetando para ello los prodigiosos esfuerzos de memoria y de inteligencia que eran necesarios para estudiar á fondo aquel *artículo* y poder razonar sobre él convenientemente, «de manera, dijo él, que no pueda uno nunca dejarse coger en el garlito». A los republicanos no les pidió nada, en primer lugar, porque él sentía simpatía por las ideas republicanas, únicas que, según la filosofía de Gaudissart, podían establecer una igualdad racional; en segundo término, porque el viajante había tomado parte en otro tiempo en las conspiraciones de los carbonarios franceses, habiendo estado preso, si bien había sido puesto luego en libertad por falta de pruebas, y, finalmente, hizo observar á los propietarios del periódico que desde julio se había dejado crecer el bigote, y no necesitaba más que un gorro y unas espuelas para representar á la República. Durante una semana fué, pues, á hacerse sansimonizar, por la mañana al *Globo*, y corrió á aprender por la tarde á las oficinas de seguros las astucias

del idioma financiero. Su aptitud y su memoria eran tan prodigiosas que pudo emprender el viaje hacia el 15 de abril, época en que acostumbraba á hacer su primera campaña todos los años. Según rumores, dos grandes casas de comercio, asustadas de la baja de los negocios, sedujeron al ambicioso Gaudissart y le determinaron á encargarse de sus comisiones. El rey de los comisionistas mostróse clemente en consideración á su antigua amistad y á la enormidad de la prima que le fué concedida.

—Escucha, Juanita mía, decía Gaudissart á una joven florista mientras la conducía á su casa en un simón.

Todos los grandes hombres gustan de ser tiranizados por un sér débil, y Gaudissart tenía en Juanita su tirano. El ilustre viajante la acompañaba á su casa después de haberla llevado al Gimnasio, donde ambos habían ocupado uno de los primeros palcos proscenios.

—Juanita mía, á mi vuelta te amueblaré el piso de una manera espléndida. La gran Matilde, que te molesta continuamente con sus comparaciones, con sus chales verdaderos de la India traídos por correos de la embajada rusa, con sus cubiertos de plata y con su príncipe ruso, que me parece que es un gran charlatán, no tendrá ya nada que decirte. Consagro al adorno de tu habitación todos los *Niños* que haga en provincias.

—¡Caramba! ¡bonita cosa! exclamó la florista. ¡Cómo! monstruo de hombre, ¿me hablas tranquilamente de hacer niños, y crees acaso que yo he de sufrirlo?

—¡Qué tonta te vuelves, Juanita mía!... Esta es una manera de hablar de nuestro comercio.

—¡Bonito comercio el vuestro!

—Pero, escúchame, porque si no me dejas hablar, no hay duda que habrás de tener razón.

—¡Es que yo quiero tener siempre razón! ¡No faltaba más! Veo que estás muy poco cortés á estas horas.

—¿Quieres ó no dejarme acabar? He tomado bajo mi protección una idea excelente, un periódico que va á salir dedicado á los niños. En nuestra jerga, los viajeros, cuando han hecho, por ejemplo, en una villa diez abonos al *Periódico de los Niños*, dicen: «He hecho diez Niños»; del mismo modo que si yo hago diez abonos al periódico *El Movimiento*, diré: «Esta tarde he hecho diez Movimientos» ¿Comprendes ahora?

—No está mal. ¿Conque te metes en la política? Ya te veo en la cárcel, adonde tendré que trotar todos los días. ¡Ah! si una supiera lo que se compromete cuando quiere á un hombre, palabra de honor que os dejaría una que os compusierais solos. Pero, vamos, te marchas mañana y no nos metamos en tantas disertaciones.

El simon se detuvo ante una casita recientemente construída en la calle de Artois, á cuyo cuarto piso subieron Juanita y Gaudissart. Allí vivía la señorita Juanita Courand, que pasaba por estar casada secretamente con Gaudissart, rumor que el viajante no desmentía. Para mantener su despotismo, Juanita obligaba al ilustre Gaudissart á mil atenciones amenazándole siempre con faltarle si faltaba á lo más minucioso. Gaudissart tenía que escribirle desde

cada villa donde se detuviese para darle cuenta de sus menores acciones.

—Y ¿cuántos Niños serán necesarios para amueblar mi piso? dijo la joven quitándose el chal y sentándose á la vera de un hermoso fuego.

—Me dan veinticinco céntimos por abono.

—¡Vaya un capital! ¿Y pretendes enriquecerme con veinticinco céntimos? á menos que no hagas como el Judío errante y que tengas el bolsillo muy atado...

—Pero, Juanita, ten en cuenta que haré millares de Niños. No olvides que los niños no han tenido nunca periódico. ¡Pero qué estúpido soy explicándote la política de los negocios sabiendo, como sé, que tú no entiendes estas cosas.

—Pues bien, dime, dime, Gaudissart, si soy tan tonta, ¿por qué me quieres?

—Porque eres una tonta... sublime. Escucha, Juanita. Mira, si tengo suerte con *El Globo*, *El Movimiento*, el seguro y los artículos París, en lugar de ganar ocho ó diez mil miserables francos anuales rodando por esos mundos como un gitano, traeré veinte ó treinta mil francos por viaje.

—Gaudissart, desátame el corsé y date prisa.

—Entonces, dijo el viajante mirando los hombros de la florista, me haré accionista de los periódicos, como mi amigo Finot, hijo de un sombrerero, que tiene ahora treinta mil francos de renta y que va á lograr que le nombren par de Francia. ¡Cuando uno piensa que el pequeño Popinot!... ¡Ah! ¡caramba! se me olvidaba de

cirte que el señor Popinot fué nombrado ayer ministro de Comercio. ¡Por qué no habré sido yo también ambicioso! ¡Eh! ¡qué diablo! me parece que he de lograr llegar aún al Congreso y que me harán ministro, y cuenta que he de ser un ministro atrevido. Mira, escúchame: «Señores, dijo poniéndose detrás de un sofá, la prensa no es ni un instrumento ni un comercio. Desde el punto de vista político, la prensa es una institución. Ahora bien, nosotros estamos obligados á ver aquí políticamente las cosas, pues... (tomó aliento) tenemos que examinar si es útil ó dañosa, si debe estar sujeta á impuesto ó ser libre, si debe ser alentada ó reprimida: ¡cuestiones graves! No creo desperdiciar los momentos preciosos del Congreso examinando este asunto y haciéndoos ver el estado en que se encuentra. Marchamos á un abismo. Indudablemente, las leyes sobre esta materia no son buenas... ¿Eh? dijo Gaudissart mirando á Juanita. Todos los oradores hacen marchar á Francia hacia un abismo, y todos repiten esto ó hablan de tempestades ó de horizontes políticos. ¿Crees que no entiendo yo de esto? ¡Oh! yo conozco el secreto de todos los comercios. ¿Sabes por qué? Porque mi madre me echó al mundo de pie; así es que espero que no tardaré mucho en estar en el poder.

—¡Tú!

—Sí, yo. ¿Por qué no he de llegar á ser el barón de Gaudissart y par de Francia? ¿No han elegido diputado dos veces por el cuarto distrito á Popinot, que come con Luis Felipe? Según se dice, Finot llegará á ser pronto

consejero de Estado. ¡Ah! si me enviasen á mi de embajador á Londres, yo sería el que pondría á los ingleses en un aprieto. ¡Jamás se ha burlado nadie de Gaudissart, del ilustre Gaudissart! No, nunca me ha hundido nadie ni me hundirá, sea cual fuere el partido político ó impolítico, aquí ó en otra parte. Pero, por el momento, tengo que entregarme en cuerpo y alma á las capitales, al *Globo*, al *Movimiento*, á los niños y al artículo París.

—Me parece que vas á salir mal con tus periódicos. Apuesto á que aun no habrás llegado á Poitiers, y ya habrás caído en el garlito.

—¿Que quieres apostar, hermosa mía?

—Un chal.

—Va. Y si lo pierdo, volveré á mi artículo París y á la sombrerería. Pero hundir á Gaudissart, ¡nunca, nunca!

Y esto diciendo, el ilustre viajero plantóse delante de Juanita mirándola con altivez, con la mano en el bolsillo del chaleco y con la cabeza de perfil, en actitud napoleónica.

—¡Oh! ¡qué tipo estás hecho! ¿Qué has comido hoy?

Gaudissart era hombre de unos treinta y ocho años, de mediana estatura, gordo y rechoncho, como hombre acostumbrado á rodar por el mundo en diligencia. Su cara, redonda como una calabaza y colorada, semejábase á esas clásicas caras adoptadas por los escultores de todos los países para las estatuas de la Abundancia, del Comercio, de la Ley, de la Fuerza, etc. Su vientre era protuberante y piriforme, y sus piernas pequeñas; pero era ágil y nervioso.

— ¡Cállese usted, mujer libre! dijo Gaudissart tomando en volandas á Juanita medio desnuda y llevándola á la cama. ¿Sabes tú lo que es la mujer libre, el sansimonismo, el criticismo y la explotación apasionada? Pues bien, todo esto significa diez francos por abono, señora Gaudissart.

— A fe que te vuelves loco.

— Siempre más loco que tú, dijo el comisionista arrojando el sombrero sobre el diván de la florista.

Al día siguiente por la mañana, Gaudissart, después de haber almorzado opíparamente con Juanita Courand, partió á caballo, á fin de ir á las principales villas de la comarca cuya explotación le había sido recomendada particularmente por las diversas casas á cuyo servicio ponía sus talentos. Después de haber empleado cuarenta y cinco días en recorrer los países situados entre París y Blois, Gaudissart permaneció dos semanas en esta última villa ocupado en hacer su correspondencia y en visitar las aldeas del departamento. La víspera de su partida para Tours, el viajante escribió á Juanita Courand la siguiente carta, de la cual no podría dar idea ningún relato, y que prueba, por otra parte, la legitimidad propia de los lazos que unían á estas dos personas:

CARTA DE GAUDISSERT Á JUANITA COURAND

«Mi querida Juanita: Creo que perderás la apuesta. Al igual que Napoleón, Gaudissart tiene su estrella, y no tendrá su Waterloo. He

triunfado en todas partes. El seguro de capitales va viento en popa. De París á Blois he colocado cerca de dos millones; pero á medida que avanzo hacia el centro de Francia, las cabezas se van haciendo cada vez más duras, y, por consiguiente, los millones infinitamente más raros. El artículo París sigue su marcha. Es una alhaja. Con mi antigua cháchara engancho perfectamente á los tenderos. En Orleans he colocado ciento sesenta y dos chales de cachemira Ternaux, y á fe que no sé lo que podrán hacer de ellos, á no ser que los empleen para cubrir el lomo de los carneros. Respecto al artículo periódicos, ya es otra cosa. ¡Santo Dios! ¡cuánto gorgo hay que soltar antes de que estos particulares aprendan mi aire nuevo! Hasta ahora no he hecho más que sesenta y dos *Movimientos* en todo el viaje, ó sea cien menos que los chales que vendí en una sola villa. Estos farsantes republicanos no quieren abonarse ni á tiros: hablas con ellos, te contestan, participan de tus opiniones, y no tardas en convenir con ellos la necesidad de derribar cuanto existe. ¿Crees por esto que nuestro hombre se abona? ¡Estás fresca! Con que mi hombre cuente solamente con tres pulgadas de tierra donde plantar media docena de coles, ó con bosques bastantes para hacer unos cuantos limpiadientes, hablan ya de la consolidación de las propiedades, de los impuestos, de las contribuciones, de reparaciones y de otra infinidad de estupideces, y yo gasto el tiempo y la saliva en patriotismo. ¡Mal negocio! *El Movimiento* es generalmente flojo, y así se lo he comunicado á esos señores, sin embargo de

la pena que esto me causa, por lo que atañe á mis opiniones. *El Globo* es otro engorro. Cuando se habla de doctrinas nuevas á las gentes que uno cree susceptibles de meterse en esos laberintos, parece que se les habla de quemar sus casas. En vano les digo que esto es el porvenir, el interés bien entendido y la explotación en que nada se arriesga; que hace ya mucho tiempo que el hombre explota al hombre, que la mujer es esclava, que hay que hacer triunfar el gran pensamiento providencial y obtener una coordinación más racional en el orden social, porque apenas empiezo á explanar mis ideas, cuando las gentes de provincias cierran sus cajas como si temiesen que yo les robase, y me ruegan que me vaya. ¡Qué estúpidas son estas gentes! *El Globo* está hundido, y yo ya les he dicho que eran demasiado avanzados, es cierto, pero que en provincias sólo están por los resultados positivos. Sin embargo, aun hice cien *Globos*, lo cual es un verdadero milagro, dada la poca cultura de estos ciudadanos. Bien es verdad que yo les prometo cosas tan hermosas, que á fe que no sé cómo harán para realizarlas los glóbulos, globistas ó globeros; pero como ellos han dicho que ordenarían el mundo de un modo infinitamente mejor que el actual, yo me anticipo y profetizo á razón de diez francos por abono. Hay un labrador que creyó que esto concernía á las tierras, á causa de su nombre, y yo lo he enganchado para *El Globo*. ¡Bah! es seguro que morderá en el anzuelo, porque tiene la frente bombeada, y todos los de frente bombeada son ideólogos. ¿Quieres que te hable de los Niños?

Pues bien, sabe que de París á Blois he hecho más de dos mil. Bonito negocillo. Apenas le da á uno que hablar. Muestras á la madre la viñeta á escondidas del niño á fin de que éste desee verla, y, como es natural, el niño se apercibe de ello, quiere también ver la viñeta y tira de la bata á su mamá hasta que ha obtenido el periódico, fundándose en que su papá también tiene el suyo. La mamá lleva una bata de veinte francos y no quiere que su vástago se la rompa, y como el periódico sólo cuesta seis francos, ven en el abono una economía, y la inscripción se lleva á efecto. Excelente cosa, que constituye una necesidad real que ha venido á colocarse entre las golosinas y las estampas, las dos eternas necesidades de la infancia. Estos malditos muchachos leen ya. Comiendo en la mesa redonda, tuve ha poco una cuestión con motivo de los periódicos y de mis opiniones. Estaba comiendo tranquilamente, al lado de un señor que llevaba un sombrero gris, y que leía *Los Debates*, y entonces me dije para mis adentros: «Voy á ensayar mi elocuencia de tribuno. He ahí uno que está por la dinastía, y voy á procurar derrotarle. Este triunfo sería un famoso seguro de mi talento é ideas». Y acto continuo pongo manos á la obra, comenzando por alabar su periódico. La táctica no fué mala. Paulatinamente, empiezo á dominar á mi hombre lanzándole mil frases y razonamientos y toda la caterva de embrollados discursos. Todo el mundo me escuchaba, y en medio de mi conversación, vi que uno de mis oyentes, de bigote revolucionario, estaba próximo á morder en *El Movimiento*; pero no sé cómo dejé

escapar inoportunamente la palabra zoquete, y he aquí que el del sombrero dinástico, el del sombrero gris, se encabrita y se enfada. Yo entonces recobré mi aire serio, ¿sabes? y le dije:

»—Caballero, es usted un tipo original, y si no le agradan mis palabras, no tengo inconveniente en darle una satisfacción. Sepa usted que me he batido en julio.

»—Aunque soy padre de familia, me contestó, estoy dispuesto á...

»—¡Cómo! caballero, ¿es usted padre de familia? le pregunté. Entonces tendrá usted hijos.

»—Sí, señor.

»—¿De once años?

»—Precisamente.

»—¡Ah! entonces le comunico que el *Periódico de los Niños* va á aparecer: seis francos al año, un número al mes, dos columnas, redactado por las eminencias literarias, un periódico muy bien acondicionado, papel sólido, grabados debidos á los lápices de nuestros mejores artistas, y dibujos cuyos colores no pierden.

»Y dicho esto, abandono la querella, y ya tienes á un padre confundido. La cuestión acabó con un abono.

»—¡Sólo Gaudissart es capaz de hacer esas cosas! decía luego ese insecto de Lamard contando esta escena en el café al gran imbécil Bulot.

»Mañana salgo para Amboise. Haré Amboise en dos días, y te escribiré desde Tours, donde espero medir mis fuerzas luchando con las aldeas más incoloras desde el punto de vista inteligente y especulativo. Pero á fe de Gaudissart que los

he de engañar. Sí, quedarán burlados, no lo dudes. Adiós, querida mía, ámame siempre y seme fiel. No olvides que, á pesar de todo, la fidelidad es una de las cualidades de la mujer libre. ¿Quién te besa en los ojos?

»Tuyo para siempre,

»FÉLIX.»

Cinco días después, Gaudissart salía por la mañana de la fonda del Faisán, de Tours, y se trasladaba á Vouvray, comarca rica y populosa cuyo espíritu público le pareció susceptible de ser explotado. Caballero en su caballo, trotaba á lo largo de la calzada, sin pensar en sus frases más de lo que un actor piensa en los papeles que desempeñó ya más de cien veces. El ilustre Gaudissart iba admirando el paisaje, y marchaba tranquilamente sin sospechar siquiera que en los alegres valles de Vouvray perecería su infalibilidad comercial.

Antes de pasar adelante, se hace aquí necesario decir cuatro palabras acerca del espíritu público de Turena. El espíritu decidor, astuto, burlón y epigramático de que están llenas cada una de las páginas de Rabelais, expresa fielmente el espíritu de Turena, espíritu fino, astuto y delicado, como debe serlo el de un país donde los reyes de Francia tuvieron mucho tiempo establecida su corte; espíritu ardiente, artístico, poético y voluptuoso, pero cuyas primeras disposiciones no tardan en anularse. La suavidad del aire, la belleza del clima, una cierta facilidad para la vida, y la sencillez y honradez de las costumbres, no tardan en ahogar allí el senti-

miento de las artes, encogiendo el corazón más grande y corroyendo la voluntad más tenaz. Trasplantad al turenés, y veréis que sus cualidades se desarrollan y producen grandes cosas en las esferas de actividad más diversas, como lo han probado Rabelais y Semblançay, Plantin el impresor y Descartes, Boucicault, el Napoleón de su época, Pinaigrier, que pintó la mayor parte de las vidrieras de las catedrales, y, finalmente, Verville y Courier. El turenés, tan notable en el extranjero, permanece en su casa sobre su estera, como el indio, y sobre su diván, como el turco, y emplea su talento en burlarse del vecino, en regocijarse y en hacer vida feliz. Turena es la verdadera abadía de Teleme, tan alabada en el libro de Gargantua; se encuentran en ella, como en la obra del poeta, complacientes religiosas, y la buena vida tan celebrada por Rabelais impera allí. Respecto á su holgazanería, es sublime, y la expresa ordinariamente este dicho popular:

—Turenés, ¿quieres sopas?

—Unas pocas.

—Levántate por ellas.

—No quiero sopas.

¿Débese acaso á la alegría de las viñas, á la dulzura armoniosa de los paisajes más hermosos de Francia y á la tranquilidad de un país donde no penetraron nunca las armas extranjeras, la molicie y el abandono de sus gratas costumbres? Imposible contestar á estas preguntas. Id á esa Turquía de Francia y os volveréis allí perezosos, ociosos y felices, y aunque fueseis más ambiciosos que Napoleón, ó más poetas que

Byron, una fuerza inaudita é invencible os obligaría á guardar vuestros versos para vosotros mismos y á convertir en sueños vuestros proyectos más ambiciosos.

El ilustre Gaudissart debía encontrar en Vouvray uno de esos burlones indígenas cuyas burlas sólo son ofensivas á causa de su propia perfección, y con el cual tuvo que sostener una cruel lucha. Con razón ó sin ella, los turenese gustan mucho de heredar á sus parientes. Ahora bien, la doctrina de Saint-Simón era odiada y vilipendiada allí á la sazón, pero odiada y vilipendiada como se odia y vilipendia en Turena, ó sea con un desdén y una mofa dignas del país de los cuentos graciosos y de las bromas á los vecinos, espíritu este que va desapareciendo de día en día ante lo que lord Byron llamó el *cant* inglés.

Para desgracia suya, Gaudissart, después de haberse instalado en el *Sol de Oro*, posada tenida por Mitouflet, antiguo granadero de la guardia imperial que se había casado con una rica viñera, y al cual confió solemnemente su caballo, se fué á casa del vecino más maligno de Vouvray, del bromista de la aldea, del bufón obligado por su profesión y naturaleza á mantener en continua alegría su lugar. Este Figaro campestre, antiguo tintorero, disfrutaba de una renta de siete á ocho mil francos, de una excelente salud, de una mujercita guapa y rechoncha y de una bonita casa situada en la colina. Hacía diez años que sólo tenía que ocuparse de cuidar á su mujer y su jardín, de casar á su hija, de jugar su partida por la noche, de conocer todos los chismes de su jurisdicción, de terciar en las elecciones, de guerrear

con los grandes propietarios y de organizar buenas comidas, de trotar por la calzada, de ir á ver lo que pasaba en Tours para marear al cura, y, finalmente, por toda intriga, esperar la venta de un trozo de tierra enclavado en sus viñas. En una palabra, que hacía la vida turenese, la vida campestre de la aldea. Por otra parte, él era la notabilidad más imponente de la burguesía, el jefe de los pequeños propietarios, celosos y envidiosos de la aristocracia, contra la cual dirigían todo género de calumnias rebajándolos hasta su nivel y despreciándolos con la admirable calma propia de la ignorancia. Cuando Gaudissart se presentó en la casa, el señor Vernier (pues así se llamaba este gran personaje) acababa de almorzar, entre su mujer y su hija, en uno de los comedores más hermosos del país, por cuyas ventanas se veían el Loire y el Cher.

—¿Es con el señor Vernier en persona con quien tengo el gusto de hablar? dijo el viajante doblando la columna vertebral con tanta gracia que parecía elástica.

—Sí, señor, respondió el maligno tintorero interrumpiéndole y dirigiéndole una mirada interrogadora, gracias á la cual conoció inmediatamente la clase de hombre con quien tenía que habérselas.

—Señor, repuso Gaudissart, vengo á reclamar el concurso de sus luces para trabajar una marca donde usted ejerce una gran influencia, según acaba de decirme Mitouflet. Señor, vengo enviado á los departamentos para llevar á cabo una empresa de la más alta importancia, formada por banqueros que quieren...

—Que quieren emprimarnos, dijo riéndose Vernier, acostumbrado ya á tratar con viajeros y á verles venir.

—Precisamente, respondió con insolencia el ilustre Gaudissart. Pero ya que está usted dotado de tan fino tacto, debe usted saber, caballero, que no se puede emprimir á las gentes, á no ser que éstas tengan verdadero interés en dejarse emprimir. Le ruego á usted, pues, que no me confunda con los vulgares viajeros que fundan sus éxitos en la astucia ó en la importunidad. Señor, hoy ya no soy viajante, aunque sí lo he sido, y á mucha honra. Sin embargo, hoy traigo una misión de la más alta importancia que debe contribuir á que los espíritus superiores me consideren como hombre dedicado á instruir á su país. Caballero, dignese escucharme, y verá que habrá ganado mucho en la media hora que yo tengo el honor de rogarle que me conceda. Los banqueros más célebres de París no se han metido ficticiamente en este asunto como en algunas de esas vergonzosas especulaciones que yo llamé *ratoneras*; no, no, no se trata de eso, pues yo no cooperaría nunca en semejantes empresas de *cazabobos*. No, caballero, las casas mejores y más respetables de París han tomado parte en esta empresa como interesadas y como fiadoras...

A continuación, Gaudissart le espetó sus frases estudiadas, y el señor Vernier le dejó continuar escuchándole con un aparente interés que engañó á Gaudissart; pero apenas oyó la palabra fiadores, cuando Vernier, cansado de prestar atención á la retórica del viajante, pensó únicamente en jugarle alguna mala pasada, á fin

de librar de esas especies de orugas parisienses á un país llamado justamente bárbaro por los especuladores que no pueden explotarlo.

En la parte alta de un delicioso valle, llamado Valle Hermoso, á causa de sus sinuosidades, de sus curvas que renacen á casa paso y que parecen más hermosas á medida que se avanza por ellas, ya se suba ó ya se baje su delicioso curso, había una casita rodeada de un viñedo donde vivía un hombre casi loco, llamado Margaritis. Este hombre, de origen italiano, era casado, no tenía hijos, y su mujer lo cuidaba con un celo generalmente apreciado. Ciertamente que la señora Margaritis corría peligro viviendo al lado de un hombre que tenía, entre otras manías, la de llevar siempre consigo dos enormes cuchillos de ancha hoja con los cuales la amenazaba á veces; pero ¿quién no conoce la admirable abnegación con que las gentes de provincias se consagran á los seres enfermizos, para evitar sin duda la deshonra que espera á la mujer del pueblo que abandona á su hijo ó á su marido á los cuidados del hospital? Además, ¿quién no conoce también la repugnancia que sienten los provincianos á pagar la pensión de cien luises ó de mil escudos que exigen en los manicomios ó en las casas de salud? Si alguien hablaba á la señora Margaritis de los doctores Dubuissón, Esquirol, Blanche ú otros, ella prefería con noble indignación guardar los tres mil francos conservando á su lado al pobre hombre. Como los incomprensibles caprichos que dictaba la locura á este hombre están relacionados con el desenlace de esta aventura, hay que indicar aquí los más salientes. Margari-

tis salía de casa tan pronto como empezaba á llover á cántaros y se paseaba por sus viñas sin nada en la cabeza. Dentro de casa pedía á cada paso un periódico, y, para contentarle, su mujer ó su criada le daban un periódico viejo, sin que él se hubiese apercebido en siete años de que leía siempre el mismo número. Un médico hubiese observado indudablemente con interés la relación que existía entre la recrudescencia de las demandas del periódico y las variaciones atmosféricas. La ocupación más constante de este loco consistía en examinar el estado del cielo y los efectos que éste producía en las viñas. Ordinariamente, cuando su mujer tenía visitas, lo cual ocurría casi todas las noches, pues los vecinos, compadecidos de su situación, iban á jugar con ella al *boston*, Margaritis permanecía silencioso y se colocaba en un rincón sin moverse; pero cuando daban las diez en el reloj encerrado en un gran armario oblongo, se levantaba con la precisión mecánica de las figuras puestas en movimiento mediante un resorte en los juguetes alemanes, y, avanzando lentamente hacia los jugadores, les dirigía una mirada bastante semejante á la mirada automática de los griegos y de los turcos expuestos en el bulevar del Temple, en París, y les decía:

—¡Idos!

En ciertas épocas, este hombre recobraba su antiguo ingenio y daba á su mujer excelentes consejos para la venta del vino; pero entonces se volvía sumamente pesado y le robaba las golosinas de los armarios devorándolas á escondidas. A veces, cuando entraban los concurrentes en su